

bló de aquella ciudad; pues eran los Judíos gente sin fe y sin costumbres: mandó llamar del campo á todos los enemigos del cristianismo y los hizo reunir con la mas desenfreada juventud (1). Todos se arman con espadas y con palos y corren en tumulto á las Iglesias adonde estaba congregado el pueblo fiel. Mas fácil es imaginar que representar las escenas horribles que se vieron allí. Las menores profanaciones fueron el incendio y el homicidio. Menos padecia el vil populacho que los Sacerdotes y los monges, que morian pisados de los caballos, ó se les ataba con cadenas como á bestias de carga. Padecieron los últimos ultrages las vírgenes consagradas á Dios, creyéndose felices las que solo eran despojadas de sus vestidos y azotadas en público. Fueron los divinos Misterios arrojados al lodo; hicieron los idólatras sus sacrificios sobre los altares santos, blasfemando de Jesucristo y ensalzando sus detestables simulacros: quemaron todos los libros sagrados que encontraron; entraron desnudos á los baptisterios, y allí dijeron é hicieron las infamias que el pudor no osa referir, y sobre las que es necesario correr un velo que las sepulte en un eterno olvido.

En la cuaresma y en los días inmediatos á la Pascua sucedian todas estas escenas. Gregorio cometió atentados mayores que los de sus emisarios; entró el viernes santo en una Iglesia con el gobernador y los habitantes idólatras; y para castigar el horror mismo con que todos miraban sus violencias, mandó azotar

(1) *Epist. Jul. P. ad Athanas. Apolog. 2.*

en público y despues sepultar en un calabozo mas de treinta mugeres distinguidas, vírgenes y casadas. A un gran número de fieles los encerró sin respeto en las prisiones el día solemne de Pascua, y por fin se apoderó de todas las Iglesias, de modo que el pueblo y el Clero católico se vieron reducidos á la cruel coyuntura de salir del lugar santo ó comunicar con los impíos.

Tal fue la persecucion contra los ministros sagrados, que los enfermos de riesgo no podian recibir los sacramentos, ni aun siquiera el Bautismo; pero querian mas verse privados de ellos, que el que pareciese que aprobaban la usurpacion de los hereges, recibéndolos de su mano: no teniendo duda que Dios aceptaria el ardor sincero de sus deseos, en lugar de los sacramentos que les impedia recibir solo el temor de participar de la impiedad. Si hubiera podido asegurarse de la persona de Atanasio, los deseos de Gregorio se hubieran cumplido enteramente, mas el santo Obispo le habia prevenido. Huyó al puerto y se hizo á la vela para Italia con el objeto de asistir al Concilio convocado en Roma, al mismo tiempo que los facciosos se dirigian á la Iglesia, en donde tenia su habitacion, resueltos á quitarle la vida.

Quiso visitar el Egipto el intruso Gregorio despues de esto; pero mas fue una incursion de bandidos que una visita de Pontífice. Iba acompañado de Balacio, lugarteniente de Filagrío, y sus bárbaros soldados. A los Prelados que resistieron valerosamente al cisma, los azotaron y los cargaron de cadenas.

El santo Obispo Otamon que habia perdido un ojo por la fe en la tiranía de los Paganos fue herido con tanta crueldad en la cabeza que consumó su martirio poco despues. Egecutáronse en algunos monasterios de la Tebaida las mismas violencias. Virgenes y solitarios todos fueron tratados sin humanidad y sin vergüenza.

12. El corazon de San Antonio se vió penetrado del horror del crimen y del espíritu de Dios; y escribió á Balacio con un tono profético, que veía la venganza del cielo pronta á descargar sobre su cabeza sacrílega si no cesaba de perseguir á los siervos de Jesucristo. Prorrumpió el impío en la mayor risa leyendo esta carta, tiróla al suelo, y escupió en ella sin miramiento, á lo menos, de su propia dignidad. Dirigiéndose luego al portador le mandó que dijese al Santo, que ya que tomaba tanto interés en los monasterios, le iria á visitar á él mismo (1). No habian transcurrido todavía cinco dias cuando se mostró la venganza de Dios. Hallábase Balacio á caballo al lado del Vicario de Egipto: empezaron los dos caballos á jugar, y lejos de inquietarse los amos, se divertian en verlos, cuando de repente el caballo del Vicario acometió á Balacio, mordióle en una pierna y se la despedazó cruelmente. Separósele por último del furioso animal, y le llevaron á su posada, donde murió á los tres dias. Todos se admiraron del pronto cumplimiento de la profecía, y hasta los mismos hereges concibieron veneracion al santo Profeta.

(1) *Vit. Ant. M. cap. 30.*

13. Contaba entonces el santo Anacoreta noventa años; pero el enemigo que no cesa nunca de poner lazos á las mas altas virtudes, le sugirió que no habia en el desierto solitario tan perfecto como él. Revelóle el Señor la noche siguiente que habia otro mucho mas santo que él á alguna distancia de su habitacion, y le inspiró el deseo de verle. Apenas despuntó la luz cuando Antonio principió á caminar sin saber hacia donde iria; pero no dudaba que el que le habia inspirado dirigiria sus pasos. Caminó como á la ventura, ó mas bien con aquella fe segura que no conoce casualidad; y al dia tercero llegó por la mañana á la cueva donde San Pablo primer ermitaño vivia olvidado del mundo desde la persecucion del Emperador Decio (1). Estaba muy obscura la entrada, y Antonio iba á tientas, cuando por fin percibió una débil luz; mas al ruido de sus pasos cerró Pablo la puerta con cerrojo. Se puso Antonio de rodillas, y rogó fervorosamente al solitario que le abriese. „Bien sabes quien soy, le dijo, y el que me envia te reveló la causa de mi venida. No merezco verte en verdad; pero sepas que no me apartaré de aquí sin haberte visto. No esperes cansarme: el sol ha andado ya la mitad de su carrera desde que principié á llamar: persistiré de dia y de noche hasta la muerte, y si no quieres recibirme vivo, abrirás á lo menos para darme sepultura despues de muerto.” Respondióle Pablo, en quien las dulzuras santas de la soledad y el hábito de la virtud habian aumentado su natural

(1) *Hieronym. in vit. Pauli.*

alegría, que las amenazas no eran el lenguaje de quien pedía. Y añadió: *¿te admiras de que no me apresure á recibir tu visita, cuando solo muestras tristeza, y no hablas sino de morir?*

Entonces abrió la puerta sonriéndose: abrazáronse y se saludaron por sus nombres, aunque nunca habían oído hablar uno de otro, y dieron tiernas alabanzas al Señor. Después se sentaron, y Pablo dijo: „he aquí el que de tan lejos veniste á buscar: bello objeto de tus cuidados, una cabeza cubierta de algunas canas, un cuerpo arruinado por los años, y pronto á volver á la tierra de donde salió. Mas hablemos de otros objetos. Dime ¿cómo va el mundo? ¿Edifican los hombres siempre casas tan sólidas como si jamás hubieran de morir? ¿Hay aun Grandes, celosos de su dominio y esclavos de un vil interés? ¿Se procura aun hacerles adorar dioses de madera y de metal?” Entretanto platicaban de este modo preguntándose y respondiendo mutuamente, un cuervo les presentó un pan, y desapareció. „Mirad la bondad del Señor á quien servimos, dijo Pablo: sesenta años há que recibo cada dia la mitad de un pan; mas hoy que Jesucristo ve dos de sus soldados, ha duplicado los víveres.” Bendijeron su alimento y se sentaron á la orilla de una fuente que saltaba de la roca en donde estaba la gruta, para tomar en paz su frugal alimento. Mas suscitóse una dificultad muy seria sobre quién habia de partir el pan, insistiendo Pablo en que pertenecía al forastero á causa de la hospitalidad, y Antonio en que pertenecía al antiguo solitario por el

respeto debido á sus años. Mucho tiempo duró la contienda, y no se acabó sino conviniendo en que los dos partirian cada uno su porcion. Bebieron de la fuente y pasaron la siguiente noche en la oracion y en piadosos coloquios.

Así que vino la luz del nuevo dia dijo Pablo á su huesped: *hermano mio Antonio, ha largo tiempo que yo sabia que habitabais en estos desiertos, y Dios me prometió que os veria; pero ya os envia al fin de mis dias para que me deis sepultura.* Antonio quedó á estas palabras penetrado de dolor, y derramando lágrimas suplicó á Pablo que le llevase consigo á las eternas moradas. *No*, dijo Pablo, *no debes limitar tus deseos á tu bien tan solo: tus lecciones y egemplos son necesarios aun á los hermanos.* No obstante, se condolió de su amigo, y para que no tuviese el dolor de verle espirar, le dijo: *id, os ruego, hermano mio, á buscar para sepultarme la túnica que os dió el Obispo Atanasio.* Antonio pasmado de un conocimiento tan profético partió al momento, y anduvo mas de lo que su cuerpo estenuado parecia permitirle.

Habian llorado sus discípulos su ausencia como si hubiera sido muy dilatada. Dos de los que mas le estimaban salieron corriendo á recibirle con la mayor inquietud. „¡O padre! clamaron así que se acercaron á él, ¿en dónde habeis estado tanto tiempo? Vuestros hijos vertian lágrimas de dolor y pasaban los dias tristes privados de vuestra compañía. El Santo exclamó como fuera de sí: ¡pecador de mí, qué desgraciado soy! ¡Ah! ¡con cuánta injusticia me llamo

yo solitario! He visto á Elias, á Juan Bautista en el desierto, he visto en Pablo un morador del cielo." Nada mas dijo entonces, ni osaron preguntarle mas.

14. Al punto que tomó la túnica que venia á buscar, volvió con presteza teniendo siempre á la vista y en su memoria á Pablo. Tuvo una vision la mañana misma despues de tres horas de camino, en la que vió en medio de los ángeles y bienaventurados al santo anacoreta vestido de una blanquísima tela subiendo á los cielos. Inmediatamente se postró en tierra, y bañado en lágrimas dijo: *Pablo, ¿por qué me dejas sin decirme el último adios? ¿Es posible que no te conocí sino para llorar tu pérdida?* Parecia que volaba lo restante del camino, y cuando llegó á la gruta de Pablo halló el cuerpo de rodillas con los ojos y las manos levantadas al cielo, y creyó haberse engañado en su desconsuelo; pero queriendo abrazarle conoció con amargura la verdad de lo que figuraba la vision.

Amortajó el cadáver con la túnica de Atanasio, sacóle de la gruta, y al salir cantó las oraciones que acostumbra la Iglesia. Despues de esto no teniendo instrumentos propios para cabar la tierra, se halló sumamente perplejo para sepultarle segun el uso de los fieles. Entonces vió dos leones que velózmente venian de lo interior del desierto. Tembló de espanto al principio, pero pronto descansó en la Providencia. Efectivamente estos terribles animales dirigiéndose al cuerpo de Pablo, le alhagaron con sus lenguas y colas, y despidieron como bramidos de dolor. Principiaron

despues á cabar con las uñas, é hicieron en pocos momentos una cueva mas que bastante para el cuerpo de un hombre, y se volvieron al desierto. Antonio puso el cuerpo en el hoyo, cubrióle con tierra, y puso alguna señal propia para que se pudiese conocer.

Partió á su monasterio el dia siguiente, llevando como una rica herencia la túnica que Pablo se habia hecho con sus propias manos, que era un tegido de hojas de palma, parecido al de los esportillos. Un suceso tan capáz de edificar á sus discípulos lo contó á su llegada largamente. Se gloriaba en llevar la túnica grosera de hojas de palma, sin usarla sino en los dias mas solemnes como Pascua y Pentecostes.

15. Quince años sobrevivió San Antonio al primero de los anacoretas, y no murió hasta la edad de ciento y cinco. Tanto sus austeridades como su celo en formar una infinidad de solitarios y cenobitas que formaron tambien otros infinitos, fueron siempre iguales. Aunque no poseía ninguna cualidad natural que le distinguiese, su eminente santidad le habia dado celebridad en toda la estension del mundo cristiano; y sin embargo de que no sabia leer, se conservan algunas cartas suyas, con una regla muy breve que habia dictado en la lengua de su país, y que se ha traducido al griego y al latin. A unas virtudes tan maravillosas como las de estos hombres del todo celestiales, solo los enemigos de la fe rehusaban hacer justicia. Obscurecia todas sus buenas cualidades á los ojos del herege su rival, el amor declarado á su Pastor legítimo.

16. Mas en tanto que el intruso no pensaba sino en establecer su autoridad por los medios mas indignos, Atanasio fugitivo llevó sus quejas al Padre comun de los fieles y de los Pastores de todas las Iglesias. Le presentó al Sumo Pontífice los testimonios de ochenta Obispos de Egipto que afirmaban cuanto se podia decir en favor suyo. Pero desde que el Papa le conoció personalmente, su relevante mérito, su modo de vivir santo, sabio y modesto, su rara piedad, y todas sus virtudes fueron la mas eficaz recomendacion. Convenciéronse todos desde luego de que no era odioso á los impíos sino porque les era temible. Esperimentó en sí el Papa San Julio á la primera vista de Atanasio una benevolencia hácia él, y una inclinacion irresistible que prevenia todas las reflexiones. En lo restante de su vida dió gracias á Dios de haberle hecho conocer á un Obispo tan digno. Respecto al Patriarca santo despues que trató su negocio segun las reglas de la prudencia cristiana, abandonó el cuidado de él á la Providencia. No se mostró inquieto ni agitado, ocupándose principalmente en los egercicios de piedad y en la asistencia á los divinos oficios; de modo que parecia no haber emprendido sino un via-ge de devocion á los lugares santificados por el martirio de los Santos Apóstoles. No podia menos de aumentar la edificacion de los Romanos toda su comitiva digna en verdad de él. Habia traído consigo algunos solitarios de la Tebaida de una vida mas angélica que humana. Nuevo era este espectáculo en el Occidente, al que instruyó en su modo admirable de

vivir (1). Vióse entonces á las primeras señoras del Imperio pisar las delicadas telas y el fausto de la grandeza, igualando á los hombres mas austeros en la observancia de todas las reglas rigurosas del retiro y de la penitencia. Diez y ocho meses permaneci6 Atanasio en Roma esperando en vano á sus acusadores.

17. Escribióles el Papa instándoles á que viniesen á un Concilio que sus diputados habian pedido. Púsoles término, dentro del cual si no acudian con buenas pruebas, no dudaria ya de su mala fe, y de la debilidad de su causa; pero estaban desesperados sabiendo que Atanasio estaba en Roma, adonde por lo mismo no les quedaba medio alguno de enredar, y mucho menos siendo como era el Soberano de Occidente sólidamente católico, que no se entrometia en los negocios de la Iglesia sino para hacerla disfrutar de toda la libertad del Evangelio. No debia tratarse nada sino conforme á los cánones en un Concilio donde no habria ni tirano ni satélites para aterrar y violentar los ánimos, y así el testimonio de su conciencia impidió á los impostores el presentarse. Fingieron lentitudes, y detuvieron á los portadores de las cartas Pontificias mas del tiempo señalado. Despidiéronlos despues con una confesion de fe artificiosa como siempre, es decir, que nada espresaba de herético, pero no excluía formalmente la heregía con el término *Consustancial*.

18. El Concilio no por esto dejó de celebrarse, en el que se reunieron mas de cincuenta Obispos, mu-

(1) *Hieronym. Epist. 16.*

chos de los cuales eran de Tracia, de Siria, de Fenicia y Palestina. Asistieron tambien Sacerdotes de Alejandría perfectamente impuestos en las cosas de su Obispo, cuya causa examinaron con todas las formalidades. Pusiéronse allí de manifesto los horrores de la calumnia: se demostró que el Concilio de Tiro habia sido un escándalo; y el grande Atanasio quedó unánimemente absuelto. El Concilio decidió igualmente á favor de Marcelo de Ancira, de Asclepas de Gaza, de Pablo de Constantinopla, y en general de todos los Católicos que estaban perseguidos por la faccion de los Arrianos. „Así, dicen Sócrates y Sozomeno, todos los Obispos oprimidos podian recurrir al Papa, y hallaban un apoyo en la prerogativa de su Sede, que le da derecho para cuidar de todas las Iglesias (1).”

Antiguamente se acostumbraba que por honor á la Sede Apostólica, no se daban á luz los decretos de los Concilios en que no presidia el Pontífice Romano en persona, sino por sus propias cartas, lo que despues imitó el África respecto de su Primado. Conformándose con esta costumbre escribió el Papa Julio en nombre de su Concilio á los Eusebianos. Refuta al principio sus calumnias contra los Obispos condenados en Antioquía, y pone de manifesto su justicia y la regularidad de su rehabilitacion en Roma. „Si vosotros, añade, poseeis mejores conocimientos sobre estos hechos, ¿por qué no habeis venido aquí á proponerlos al momento, diciendo que estabais prontos á responder á cualquiera sobre todos los

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 15. Sozom. lib. 3. cap. 8.*

puntos? ¿Debais llevar á tal extremo las cosas, y desacreditaros á vosotros mismos, retrocediendo con tan sospechosa cobardía, despues de haberos mostrado tan orgullosos? Mas sin hablar de Atanasio y Marcelo ¿qué contestareis á tantos Sacerdotes y Obispos perseguidos, desterrados, atormentados de mil maneras y que todos los dias nos muestran vuestras violencias, buscando aquí un asilo? ¡Ó hermanos míos! Distan mucho de las reglas del Evangelio las decisiones de vuestras Iglesias, que hablan de penas desconocidas en él, del destierro y de la muerte. Si fuesen culpados los que perseguís segun afirmáis, era indispensable escribirnos á todos nosotros, para que pudiésemos decidir de acuerdo lo que fuese mas conveniente, porque Obispos son los que sufrieron todos estos males, é Iglesias distinguidas que recibieron la fe de los mismos Apóstoles. Debais esponer en especial á nuestra Iglesia las acusaciones promovidas contra el Obispo de Alejandría. ¿No sabeis que se acostumbra escribirnos primero, y decidir despues? Mas sin haberlo hecho y obrando despóticamente ¿quereis que lo confirmemos sin conocimiento de causa?”

19. La declaracion del Sumo Pontífice animó á los ortodoxos. El usurpador de la Silla de Constantinopla, el famoso Eusebio, cargado de crímenes y de años, pues era ya viejo cuando principió el arrianismo veinte años antes, murió poco despues del Concilio de Antioquía: entonces el pueblo Católico colocó de nuevo sobre su Silla al santo Obispo Pablo, que era el titular legítimo y habia sido arrojado de

ella con tanto escándalo; mas al propio tiempo los Arrianos bajo la conducta de sus celadores, y del Metropolitano Teodoro de Heraclea, herege como ellos, ordenaron á Macedonio en otra Iglesia. Dos poderosas facciones formaron los ciudadanos adictos respectivamente á los dos partidos. Perdió la vida el mismo gefe de la tropa llamado Hermógenes, mostrando parcialidad á favor de los faccionarios mas protegidos, y subiendo de punto la turbacion en vez de apaciguarla. Con esta noticia partió el Emperador Constanzo precipitadamente de Antioquía á Constantinopla, á pesar de lo frio del invierno y de los negocios importantes que hacian su presencia indispensable en Oriente. A nadie sin embargo despojó de la vida; y enterneciéndose á vista de las peticiones del Senado, y de las lágrimas del pueblo que le salió al encuentro, concedió la existencia á aquella gran porcion de culpados; pero redujo á la mitad la cantidad de trigo que el Emperador su padre habia mandado repartir. Tambien arrojó de la ciudad á Pablo; mas sin sancionar la eleccion de Macedonio, ofendiéndose de que le habian ordenado sin darle parte, y mirándole á él y á Pablo como motores de la sedicion. Nada anuló por lo demás de lo que habia hecho el intruso, y permitió que tuviese sus juntas en la Iglesia en donde le habian ordenado.

20. Echó de ver el Papa despues de haber intentado en vano aunar los Arrianos con sus consejos particulares, que eran necesarios otros medios contra tal faccion. Dió informe al Emperador Constante de los

atentados de la impiedad, y en particular contra los Obispos de Alejandria y Constantinopla. Muy lejos el Vicario de Jesucristo de decir cosa alguna que pudiese encender la discordia entre los dos augustos hermanos, se dió traza de llevar solo al camino recto al que se separaba de él por los ruegos del Príncipe religioso, que perseveraba con una inviolable fidelidad. Contentóse pues Constante con escribirle, y esto lo hizo de una manera que pudiese ser eficaz. Exigió que tres Obispos de los que habian procedido con tan poco miramiento con sus mas ilustres compañeros, viniesen á darle cuenta de su conducta. Su poder y las circunstancias del Oriente le ponian en estado de portarse con esta soberanía; porque despues de haberse apropiado todos los dominios de su hermano Constantino, Constanzo cada vez mas ocupado en la guerra de los Persas, se daba traza de complacerle de todo punto.

Cuatro Obispos le envió á Constante, sin embargo de que no pedia sino tres, pero los sectarios procuraron elegir á los mas diestros, esto es, Teodoro, Obispo de Heraclea, Narciso de Neroniade, Máris de Calcedonia, y Marcos de Aretusa en Siria. Quisieron estos artificiosos diputados justificar lo hecho en el Concilio de Antioquía; mas los Occidentales menos profundos en la cuestion acudieron desde luego al hecho y exigieron ante todo su confesion de fe. Estos presentaron segun su costumbre un símbolo obscuro, que ni era verdaderamente herético, ni bastaba contra el error. Descubrió su ponzonia San